

# ¿Cómo leer una breve historia de la literatura costarricense?

Leonardo Sancho Dobles<sup>1</sup>

**A**ntes de comenzar, debo hacer una confesión, la misma que le hice a don Gastón Gaínza, mi maestro, cuando me convocó para este encuentro. En aquel momento le dije a don Gastón que sería “un honor, un gusto y un placer” participar en esta presentación del libro *Breve historia de la literatura costarricense* y, más, tratándose de un libro escrito por Álvaro Quesada; para mí representa un gran honor poder compartir con ustedes en este evento.

Desde el momento en el que tuve el libro en las manos me asaltó una duda con respecto a la forma de acercarme al texto; me inquietó la manera de abordar la lectura; es decir, el modo de enfrentarme a él ya que se trata de una historia de la literatura costarricense, pero breve. Desde entonces me resultaba curioso conciliar dos espacios, el de la rigurosidad histórica y la brevedad; desde el principio no me resultaba fácil mezclar la rigurosidad de la perspectiva científica con la fluidez ensayística, de ahí la interrogante inicial: ¿Cómo leer una *breve* historia de la literatura costarricense? Para esta oportunidad

propongo, entonces, jugar con esta pregunta, para llegar —si acaso— a alguna respuesta.

Con respecto a la brevedad, a la cual alude el libro desde el título mismo y el mismo texto es una puesta en práctica de lo que significa ser escueto, son muy acertadas las palabras de Albino Chacón quien nos indica en su contraportada:

“Alrededor de solo cien páginas le bastan a Álvaro Quesada Soto para ofrecer de manera ágil, amena, y sin embargo completa, este recorrido por cien años de literatura costarricense. Brevedad solo indica aquí conocimiento pleno de la materia y claridad en la búsqueda de lo esencial.”

En este sentido, el término breve significa de corta extensión; sin embargo, para lograr la brevedad hay que llevar a cabo un enorme y acucioso proceso de condensación y de síntesis; por lo tanto, para ser breve hay que ser ágil y virtuoso.

Habría que preguntarse, además de la interrogante inicial, otras interrogantes que circundan la lectura del

<sup>1</sup> Profesor de la Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica.

libro que hoy nos convoca, como por ejemplo: ¿Cómo leer una condensada y sintética historia de la literatura costarricense? O, bien, ¿Cómo leer, entonces, una ágil y virtuosa historia de la literatura costarricense?

Para encontrar las respuestas a estos enigmas que me asaltaron al tener el libro en las manos voy a seguir el ejemplo que observé en el mismo Álvaro Quesada, y es que él encontraba las respuestas en los autores clásicos rusos, particularmente en Fiodor Dostoievsky. No voy a recurrir a los clásicos rusos —la verdad es que no me siento muy seguro navegando en sus aguas— pero sí voy a recurrir a un clásico que me resulta más confiable y divertido: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

En el libro de Cervantes hay algunas reflexiones sobre los historiadores y en esta oportunidad voy a recurrir a dos referencias al texto cervantino que me sirven para entender y aproximarme a esta *Breve historia de la literatura costarricense*. Lo que quiero presentar es un diálogo entre lo que decía el Quijote y mis apreciaciones sobre el libro que hoy nos reúne en este encuentro.

Con respecto al oficio de los historiadores decía Cervantes por medio de su inmortal don Quijote:

“Deben ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les haga

torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo depósito de las acciones, testigo de lo pasado y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.” (*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, I parte, capítulo IX)

El personaje hacía alusión a la objetividad de los historiadores y a la función que ejercen en la sociedad, en cuanto a que son los archivos de la memoria en los que se reflexiona sobre el pasado, se cuestiona el presente y se trazan las líneas imaginarias sobre las que se debería encausar el futuro. Las historias de la literatura en su mayoría son catálogos, obras de consulta; su objetivo es proponer un estudio ordenado cronológicamente de los elementos formales y temáticos de los textos y los autores quienes los escribieron, en relación con el pasado del cual se nutren —a veces rechazándolo o contradiciéndolo— y el futuro en el cual confluyen. Por otra parte, las historias de la literatura desempeñan una doble funcionalidad en el campo de las letras, por un lado filtran y censuran información y, por otro lado y al mismo tiempo, establecen cánones, preceptos y modelos; en otras palabras, canonizan el pensamiento y la crítica en torno a las obras y los autores a quienes hacen referencia.

El libro *Breve historia de la literatura costarricense* se escabulle de los formalismos de las historias de la literatura convencionales, no es un ordenamiento a manera de catálogo, como lo confiesa su autor desde la

introducción, cuando nos dice que este libro “no implica una repetición adocenada y simplona de verdades consabidas o viejos lugares comunes; ni una exposición fragmentaria y deshilvanada; ni un simple catálogo descontextualizado e inconexo de nombres.” (Quesada, 2008: 11)

Esta idea atraviesa todo el libro el cual se nos presenta como un ensayo —en el sentido clásico de este género literario—. Cada capítulo, de los seis que lo conforman, se puede percibir como un artículo independiente, es una unidad en sí mismo pues tiene una autonomía de sentido y está muy bien delineado. En cada uno de ellos se lleva a escena un diálogo con aspectos históricos, políticos, económicos, sociales y culturales —incluso en el diálogo entran en juego elementos urbanísticos, patrimoniales, sociológicos y de las artes visuales— que establecen y esclarecen el contexto desde el cual se escriben, e inscriben, los textos literarios. Como aporte del autor, del ensayista que lo suscribe, cada capítulo desarrolla un aspecto en particular en el cual se evidencia el énfasis por parte de la mirada del crítico y maestro de la literatura.

Así, por ejemplo, en el capítulo I “El Olimpo: la forja de una identidad”, es interesante el abordaje de la literatura de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX desde el tema del erotismo y nos explica las relaciones entre los textos y los contextos en los que se construye la identidad cultural costarricense y sus manifestaciones literarias a partir del erotismo y la seduc-

ción; este aspecto lo desarrolla en el capítulo siguiente y evidencia un giro en la perspectiva para abordar las letras nacionales.

Otro aspecto digno de considerar en este recorrido por la historia de la literatura costarricense —a través de la mirada crítica de Álvaro Quesada— es el lugar que le ofrece a la escritora de pluma e impronta femenina; en este sentido Carmen Lyra recupera su justo sitio en la conformación de la literatura y la cultura costarricense; o bien, como ocurre con Yolanda Oreamuno y Eunice Odio en el capítulo “Reforma, revolución y vanguardia” y a la dramaturga y poeta Ana Istarú en el último capítulo “Globalización y posmodernidad” a quienes les otorga un brillo y un lugar preponderante en el desarrollo de la literatura nacional ubicada por generaciones.

Por otra parte, vale la pena destacar que en este breve recorrido entran a formar parte del diálogo otros géneros literarios, a veces poco explorados por la crítica canónica y la academia, y se destaca la fuerza que ejerce la dramaturgia dentro del desarrollo de las manifestaciones literarias —infiero que esto es consecuencia del enriquecedor diálogo con Eugenia Chaverri— y, finalmente, en cuanto al género lírico esta breve historia ofrece una completa visión de conjunto del desarrollo de la poesía; a lo largo de los seis capítulos se entreteje una percepción muy particular sobre el desarrollo del discurso poético que merece especial atención —por cierto, también debo confesar

que conocí la faceta de Álvaro como lector del género lírico y esto puede dar pie para obtener una visión de la lírica costarricense bastante sintética y completa a la vez —.

Al entremezclar el oficio del escritor ensayista y el de historiador esta *Breve historia de la literatura costarricense* se pone en escena la ambigüedad del ensayo mismo, el juego entre la creatividad y la crítica, entre la poesía y la verdad. Al respecto, nos decía el Quijote que son muy diferentes los oficios del historiador y del poeta:

“Uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.” (*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, II parte, capítulo III)

De manera que para aproximarse al libro que hoy nos convoca y resolver la interrogante del principio, considero que lo mejor es comprenderlo como una mágica combinación de los dos campos, la poesía y la historia, el ensayo y la ciencia. Es recreación y a la vez producción académica e intelectual; se trata de un trabajo arduo, riguroso, sintético y el resultado es ágil y virtuoso, como la poesía. Conjuga en un solo texto lo lúdico del ensayo, la literatura de ideas, con el rigor científico del discurso histórico.

Y, siendo consecuente con don Quijote, cierro mi intervención citándolo: “Sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo.” (*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, I parte, capítulo XXI)